

lia como derecho es una doctrina controvertible. Por lo tanto, hay que ir más lejos, y considerar los decretos de la Convención en sí mismos. Un pueblo tiene el derecho de intervenir en favor de otro que reclame su asistencia. No creemos que este derecho pueda ser puesto en duda. Es más que un derecho, es un deber. ¿El hombre no debe socorrer al que le pide socorro cuando está oprimido por la fuerza? Pues bien, los pueblos también son individuos en la inmensa ciudad de Dios; tienen los mismos derechos y los mismos deberes que los ciudadanos. Los lazos de fraternidad que los unen, les imponen el deber de una asistencia mutua. Condorcet dice muy bien que los destinos de la libertad son solidarios. Los pretendidos intereses nacionales, manantial de tantas guerras, han desaparecido á nuestros ojos ante el interés sagrado de la libertad universal del género humano, y en cierto modo no existen para nosotros más que dos naciones: la de los hombres libres y la de los esclavos voluntarios. Pueblos, vuestros intereses son los nuestros. Si se ataca á nuestra libertad es con la idea de dar á la vuestra golpes más seguros; si se insulta á nuestros derechos, es por miedo de que nos imitéis queriendo tenerlos. La suerte de la libertad, en cualquier pueblo que se agite, interesa por lo tanto á todos los pueblos libres; su porvenir es la causa: defendiendo la libertad de los otros, defienden la suya propia (1).

Los decretos del 92 son decretos revolucionarios, en el buen sentido de la palabra; proclaman un nuevo derecho de gentes, fundado sobre la solidaridad humana. En el viejo mundo, los pueblos vivían aislados, se reputaban enemigos naturales, en virtud de esta famosa máxima de Hobbes, que el hombre es un lobo para el hombre. Solamente el interés les ponía en contacto; pero el interés, en lugar de unir, divide. De aquí, en teoría, la falsa doctrina del equilibrio, y de hecho, las guerras permanentes que desolaban al mundo. La Revolución empieza por repudiar el derecho salvaje de conquista, y el derecho, tan salvaje también, de reputar al extranjero como enemigo. Declarando los pueblos hermanos, la Revolución reconoce por esto mismo que entre ellos deben cumplir los deberes de la fraternidad. De aquí una nueva doctrina, la

(1) CONDORCET, *la Nación francesa á todos los pueblos*, (Obras, tomo XII, p. 526).

de la solidaridad de las naciones en el objeto que prosiguen. A los ojos de la Revolución, este objeto es la libertad. Los decretos del 92 son la expresión de este derecho internacional. Si algo se puede reprochar á la Convención, es haber traspasado en su magnífico impulso las necesidades de la realidad, y, por consecuencia, los límites de lo posible. Los pueblos á quienes quiso dar la libertad no eran dignos de este beneficio. ¿Qué resultó de ello? Que la república tuvo enemigos irreconciliables en los reyes, sin haber conciliado las simpatías de las naciones.

Había en la Convención un revolucionario famoso que á las pasiones más violentas unía el buen sentido que reclama la política. Danton, so pretexto de interpretar los decretos del 92, los hizo abrogar. El 3 de Abril de 1793, "la Convención declaró, en nombre del pueblo francés, que no se mezclaría de ninguna manera en el gobierno de las otras potencias; que antes se enterraría bajo sus propias ruinas, que sufrir que cualquiera otra potencia se introdujese en el régimen interior de la república é influyese en la creación de la constitución que ella quería formarse. Esto era proclamar el principio de no intervención, mientras que los decretos de 1792 prometían el apoyo de la república á todos los pueblos que quisiesen recobrar la libertad. Danton, con su franqueza un tanto cínica, no ocultó el alcance del nuevo credo: "Ya es tiempo, decía, de hacer conocer á Europa que la Convención nacional sabe unir la política y las virtudes republicanas. Habéis dictado, en un momento de entusiasmo, un decreto cuyo motivo es hermoso sin duda, puesto que os obligabais á dar protección á los pueblos que quisieran resistir á la opresión de sus tiranos. Este decreto parecería obligarnos á socorrer á algunos patriotas que quisiesen hacer una revolución en China. Es menester, antes de todo, pensar en la conservación de nuestro cuerpo político y fundar la grandeza francesa. Que la república se consolide, y la Francia atraerá todos los pueblos," (1).

El decreto del 3 de Abril es el primero que no fuese hecho por la Revolución para entrar en el concierto europeo. Según nuestra opinión, desde este momento empezó á degenerar, pues que abandonaba una política de desinterés y sacrificio por una

(1) *Moniteur* du 16 avril 1793.

política de egoísmo nacional que pronto iba á convertirse en política de conquista. Las fronteras naturales, el engrandecimiento del territorio de la Francia, tal era la segunda intención de los que querían que la Convención volviese sobre los decretos del 92. Es cierto que la república se había empeñado en un camino imposible. Los pueblos no respondían á su llamamiento; le fué forzoso no pensar más que en sus propios destinos. Esto no impide que la época más grande de la Revolución sea la en que estuvo animada por el ardor de una propaganda que debía esparcir la libertad por el mundo entero. Era un entusiasmo en su principio tan santo como el celo de los discípulos de Cristo: los Franceses eran otros tantos misioneros que, por la palabra ó por las armas, anunciaban á los pueblos la buena nueva de la libertad y de la igualdad. Un enviado del gobierno republicano escribe al ministro de negocios extranjeros el 9 de Marzo de 1793: "Nos hemos ocupado, sobre todo, de alimentar el espíritu público por todos los medios que estaban á nuestro alcance. Hemos predicado el Evangelio por todas partes, en plazas, círculos, cafés, teatros," (1).

Muchos de estos misioneros eran indignos de la misión que se atribuían. ¿Quiere esto decir que en la propaganda revolucionaria todo sea comedia, y que los pretendidos apóstoles no tuvieran otra idea que saquear los pueblos en los que predicaban el Evangelio? Hay que conceder que había malas pasiones; pero es menester reconocer también que había algo más que viles instintos en el inmenso movimiento del 93. Se lee en una carta al papa Pio VI: "¿Qué espectáculo majestuoso ver la primera nación de la Europa levantarse toda entera y decir de una sola voz: soy libre, y quiero que el género humano lo sea conmigo! ¡Pueblos de todos los climas, levantaos, sacudid las cadenas de la credulidad, del error, de la superstición y del despotismo! Conoced vuestros derechos y vuestras fuerzas. Esta es la razón eterna, esta es la verdad, esta es la naturaleza; Dios os habla. Seamos todos hermanos; abjuremos para siempre de toda rivalidad, de todo odio. Apaguemos para siempre la antorcha de la discordia y ahogemos los efectos de ésta; no soportemos más tiempo que unos cuantos

(1) DE GERLACHE, *Histoire du royaume des Pays-Bas*, t. 1, página 215.

principes y nobles se burlen de las naciones, las esclavicen, las opriman y saqueen... La naturaleza ha variado los climas, y en cada clase de tierra las producciones, á fin de que todos los pueblos tuviesen necesidad los unos de los otros y se uniesen por el cambio del excedente de sus productos: ¡que estas transacciones se hagan cordial y libremente entre los pueblos, y que éstos fraternicen todos juntos!" (1).

Este entusiasmo animaba todas las clases de la sociedad. La nación, gracias quizá á su vanidad, tomó por lo serio su alta misión. Se vieron ciudadanos oscuros hacer ofrendas á la república "para la liberación del género humano," (2). Sin duda se hacían una ilusión al creer que las bayonetas republicanas iban á libertar á los pueblos. Se imaginaban que los reyes y sus ejércitos eran los únicos obstáculos á la libertad. Couthon, el famoso paralítico, propuso á los jacobinos redactar el acta de acusación de todos los reyes y enviarla al tribunal de la opinión pública de todos los países, "á fin de que no hubiera ningún rey que pudiera encontrar un cielo que le iluminase ni una tierra que le soportase," (3). ¡Fanfarronadas republicanas, dicen los hombres del pasado, locura digna de Don Quijote! El héroe de la Mancha pasa por loco, es cierto; se quiere cubrir de ridículo al caballero andante, que se propone la idea de enderezar todos los entuerto; se encuentra que su escudero Sancho Panza sabe mucho más que su amo. Hay una sabiduría que es egoísmo, hay una locura que es sabiduría. ¡Gloria á los que tienen la locura del sacrificio!

§ II.—República universal.

N.º 1.—Anacharsis Cloots.

¿Por qué damos un lugar en los estudios sobre la historia de la humanidad á un hombre que frisa en la locura? Es porque el orador del género humano, predicando la república universal, nos enseña los escollos del cosmopolitismo que entusiasmó al siglo XVIII y que dió á la Revolución ese ardor inmoderado de propaganda, del cual Anacharsis es el representante más exagerado. Es un deber del

(1) *Moniteur* du 31 octobre 1792.

(2) *Moniteur* du 4 pluviôse, an II.

(3) *Moniteur* du 6 pluviôse, an II.

historiador señalar los errores que encuentra en su camino, cuando éstos han extraviado á ilustres pensadores y á una gran nación. Ya hemos indicado en las doctrinas filosóficas del último siglo la tendencia que llevaba á ciertos espíritus á absorber las naciones en la humanidad (1). Tiene visos de una doctrina religiosa; el panteísmo inspiraba á Diderot tan bien como á Lessing. Es menester de estos hombres, que llevan al extremo los instintos de una raza ó los principios de una escuela, para que los pueblos sepan adónde se les quiere conducir. Son las ideas las que gobiernan al mundo. Pero cuando la idea es falsa, amenaza hundir la humanidad en un abismo. Tal es el panteísmo religioso y político. No se trata de ningún modo de una simple cuestión de teoría; lo que no era más que una opinión filosófica antes del 89, tomó cuerpo bajo la Revolución. En el 93, el panteísmo se llamaba Anacharsis Cloots, y prometía á los pueblos la república universal. Bien pronto la república hizo sitio al despotismo militar, y las nacionalidades, entre ellas la francesa, fueron sacrificadas á la ambición de la monarquía universal. Este es el escollo que queremos señalar en la personalidad de Anacharsis Cloots. No es el cosmopolitismo lo que repudiamos; condenamos la exageración que le desnaturaliza y le vicia.

Anacharsis Cloots es la caricatura de un personaje que muchos de nuestros lectores habrán admirado. Los que hayan leído Schiller se acordarán del marqués de Posa, republicano y libre pensador, que sorprende y admira hallar en la corte de Felipe II, el rey inquisidor. El marqués es el campeón de los Belgas, levantados contra el despotismo religioso y político de España. Pero Posa no es más Belga que Español; dice y repite que es ciudadano del mundo. No es tampoco protestante porque aboga por la causa de los reformados. Posa es el representante de la humanidad. No tiene ningún instinto personal; su amistad por don Carlos no es la vulgar afectación que nos une á un individuo, es la pasión de la libertad lo que le atrae hacia el príncipe, porque le conoce favorable á la libertad. Tiene aún menos el sentimiento de la nacionalidad. Su ideal es una república universal. Con este objeto, está pronto á sacrificar todo, su amigo lo mismo que su vida. Nos-

(1). Véase la parte undécima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

otros aplaudimos estos sentimientos generosos. Pasan algunos siglos, y el marqués de Posa reaparece en la escena, no de un teatro alemán, sino de una Revolución sangrienta; se llama Anacharsis Cloots; cuando el *orador del género humano* habla, recoge más silbidos que aplausos. Es, sin embargo, el mismo personaje. Pero desde el séptimo cielo de la poesía, donde hacía un tan buen papel, ha descendido sobre nuestra prosaica tierra, y se ve que está loco. Vale bien la pena el oírle desatinar, porque tienen su lado serio sus extravagancias, y han tenido más eco de lo que se cree.

Anacharsis Cloots negaba resueltamente un Dios creador: "No es más que un enigma añadido al enigma del mundo. Sin duda que toda obra deja suponer un obrero; pero niego que el universo sea una obra, es un ser universal." El demócrata francés habla como un brahmán. "Lo que es grande es perfecto, á pesar de los defectos aparentes ó relativos de sus modificaciones. La naturaleza no gana ni pierde nada. Nosotros no morimos nunca; transmigramos eternamente en la reproducción infinita de todos los seres que se recalientan en el seno de la naturaleza," (1). El panteísmo de Cloots absorbe á Dios en el mundo. Según esta doctrina, no hay, pues, seres particulares, individuales. Lógico en su extravío, Cloots no retrocede ante ninguna consecuencia. Si no reconoce ninguna personalidad al hombre, ¿cómo reconocerá una á las naciones?

En un banquete dado por los Saboyanos residentes en París, con motivo de la liberación de su país, Cloots brindó por la libertad del género humano. "Los nombres de Franceses y Saboyanos no deben nunca más hacerse oír, puesto que no hay más que dos clases de seres que piensan, los hombres libres y los esclavos; todos los pueblos libres son hermanos; todos merecen el nombre de hombres." El último brindis se hizo á la salud de los *hombres* (2). Cloots negaba la idea de nacionalidad: "La naturaleza no conoce más que una sola nación. Ha dado diferentes colores á la piel humana; pero son los hombres quienes han desfigurado y dado color al mapa-mundi. Esta abigarrada geografía política daña infinitamente á la armonía so-

(1) ANACHARSIS CLOOTS, *la République universelle*, p. 164. — *Encyclopédie nouvelle* de LEBROUX y REYNAUD, au mot Cloots, tome III, p. 616.

(2) *Moniteur* du 2 novembre 1792.

cial, á la hermosura moral," (1). ¿Cuál es la única nación que tenga una realidad? Es el género humano, es decir, el ser universal. Cloots dice que es un antiguo error de los hombres de Estado admitir diversas nacionalidades: "No hay más que una sola república, la de los *hombres*; no hay más que una soberanía, la del género humano," (2).

En la sesión del 24 de Abril de 1793, Cloots propuso á la Convención nacional decretar "que no había otro soberano más que el género humano; que todo individuo, toda comunidad que reconociese este principio sería recibido de derecho en la república de los *hombres*, de los *universales*." El discurso que pronunció en esta ocasión nos da á conocer las falsas ideas que germinaban en algunos espíritus. Era el cosmopolitismo llevado al último extremo. Para atraerse las simpatías de la Asamblea ante la cual hablaba. Cloots aduló su ambición: "La Convención no olvidará que somos los mandatarios del género humano. Nuestra misión no se circunscribe á los departamentos de la Francia; nuestros poderes están refrendados por la naturaleza entera." Cloots, por su parte, olvidaba que la Convención se llamaba *nacional*. ¿Por qué invitaba á la nación francesa á abdicar su soberanía á los pies del género humano?

Anacharsis Cloots repudia la noción de Dios como una cadena que esclaviza á la naturaleza. "Bajo un Dios, dice, la naturaleza es esclava," (3). Cree también que la idea de nacionalidad es un obstáculo á la emancipación universal de los hombres: "No somos libres si las barreras extranjeras nos detienen á quince ó veinte leguas de nuestras moradas, si nuestra seguridad está comprometida por invasiones, si nuestro reposo está turbado, nuestras rentas grabadas por fuerzas militares, nuestra industria reducida al estrecho círculo de tal ó cual país. No somos libres si un obstáculo moral detiene nuestra marcha física sobre un solo punto del globo. Los derechos del hombre se extienden sobre la totalidad de los hombres. Una corporación que se dice soberana hiere gravemente á la humanidad... De estos argumentos incontestables resulta necesariamente la soberanía solidaria, indivisible del género humano," (4).

(1) ANACHARSIS CLOOTS, *la République universelle*, p. 72.

(2) *Moniteur* du 7 février 1793.

(3) ANACHARSIS CLOOTS, *la République universelle*, p. 165.

(4) *Moniteur* du 30 avril 1793.

Así es como, en nombre de la libertad, Cloots predica su panteísmo político. ¡Singular ilusión! ¿Cuál es la verdadera libertad, sino los derechos de la individualidad humana? Y ¿en qué se convierten estos derechos con una doctrina que niega toda existencia individual? La república universal de Cloots avoca á la dominación universal: que se llame monarquía ó república, esta dominación es necesariamente la tumba de toda independencia individual, de toda libertad. En vano el *orador del género humano* proclamaba la soberanía de los hombres; el poder soberano debía tomar cuerpo, debía llamarse comité de salud pública, directorio ó cónsul mientras que llegaba á ser emperador. Debía acabar por concentrarse en un jefe militar, pues Cloots predicaba la guerra como medio de propaganda. ¡Que se imagine lo que llegaría á ser la libertad bajo un conquistador que hay que suponer un Napoleón, para que la república universal tuviera alguna probabilidad de establecerse! La idea, espantada, retrocede ante un despotismo que en el mundo no dejaría un lugar de refugio para los que no se acomodasen á las dulzuras de este régimen.

Para decir la verdad, no hay más que una sola razón que se pueda invocar para dar color al sueño de una república universal. El Dante y Leibnitz se han dejado extraviar por el prestigio de la paz cuando han dado el apoyo de su nombre á la idea de una monarquía que abrazaría la humanidad. Es también el dulce nombre de paz y los beneficios de la armonía los que seducen á Cloots. La hostilidad, la guerra, le parecen inseparables de la división de la humanidad en naciones: "*Enemigo y vecino* son sinónimos en las lenguas antiguas. Un pueblo puede ser aristócrata bajo el punto de vista de otro pueblo. Los *pueblos* son necesariamente malos, el *género humano* es esencialmente bueno; su egoísmo despótico no está en oposición con ningún egoísmo extraño. La república del género humano no se disputará nunca con nadie, porque no hay ninguna vía de comunicación entre los planetas," (1).

No preguntaremos á Anacharsis Cloots cómo el género humano puede ser bueno, siendo necesariamente malos los elementos que le componen, puesto que lo que dice de los *pueblos* lo dice también

(1) ANACHARSIS CLOOTS, *Bases constitutionnelles de la République du genre humain* (*Moniteur* du 30 avril 1793).

de las familias. Es de la opinión de Hobbes, que el hombre sería un lobo para el hombre, si todos no estuvieran contenidos por el poder de las leyes: "Nuestras casas serían fortalezas, si toda una población ó un cantón no estuviera sometido á una ley común." Así sucedía bajo la anarquía feudal: apacibles castillejos se convirtieron en fuertes castillos, guaridas de ladrones y asesinos. Este feudalismo interior ha sido destruido, y desde entonces, la paz reina en nuestras campiñas y en nuestras ciudades. Es menester abolir también el feudalismo nacional, que constituye en cuerpos enemigos al género humano: "Los cuerpos nacionales son las mayores plagas de la humanidad. Multiplicamos nuestras envidias, nuestras querellas, dividiendo el interés común," (1).

La paz es un gran beneficio; pero ¿no podría establecerse por la asociación de todos los pueblos tan bien como por medio de una república universal? Este era el sueño del abate de Saint-Pierre. El gobierno federativo tiene aún otra ventaja; satisfice al principio de la individualidad tan bien como al de la unidad. Pero justamente por esto Anacharsis Cloots no quiere nada de esto. Todo elemento individualista le es antipático. Murmura de los trece cantones suizos, de las siete Provincias Unidas, de los catorce Estados de la Unión americana. "Estos cantones, estas provincias, estos Estados están siempre en querellas, y sus disensiones serían más graves y funestas si el temor de los grandes príncipes no contuviese sus respectivas envidias. Bastante hay con el egoísmo de los individuos, para que se debiliten los lazos sociales con el egoísmo de las corporaciones." Cloots quiere la igualdad más absoluta, la desaparición de todos los diques que coartan los intereses de la familia humana: "Es menester renunciar á toda agrupación colectiva entre los pueblos. Una nación, una asamblea, un príncipe. Dos soles en el horizonte darían una luz falsa, dos soberanos sobre la tierra es tan absurdo como dos dioses en el cielo," (2).

Anacharsis Cloots era un excelente lógico. Desde el momento en que se rechaza la idea de nacionalidad, es necesario rechazar las confederaciones lo mismo que los Estados particulares. Pero la ló-

(1) ANACHARSIS CLOOTS, *la République universelle*, p. 7 y 13.
(2) ANACHARSIS CLOOTS, *la République universelle*, p. 14-17.

gica es una mala consejera cuando las ideas que le sirven de punto de partida son falsas. Negando la creación, no admitiendo más que un ser universal, no podía reconocer ninguna existencia individual. Los republicanos del 93, casi todos imbuidos del feroz patriotismo de Roma y Esparta, no comprendían nada del panteísmo humanitario de Cloots. Robespierre le trató de loco. Empezó por hacerle expulsar de la sociedad de los Jacobinos: "Monsieur Cloots, dice, desdeña el título de ciudadano francés, no quiere más que el de ciudadano del mundo. Si le escuchásemos, habría que declarar la guerra al universo para convertir el Monomotapa en un departamento francés. Estas ideas pretendidas filosóficas, ¿son de un hombre sensato? ¿Son siquiera de un hombre de bien?" (1).

La exclusión de los Jacobinos fué el primer paso hacia el cadalso. Cloots murió como se sabía morir en 93. Apeló al género humano contra la sentencia del tribunal revolucionario. La posteridad absuelve al hombre, porque su buena fe es incontestable, pero condena la doctrina. Sus creencias religiosas hallaron poca aceptación. No sucedió lo mismo en cuanto á su pasión por la propaganda y por la conquista. Hay algo de generoso en su ardiente proselitismo; pero lo que en él era un ideal de liberación universal, vino á ser entre las rudas manos del ejército republicano un medio de dominación y tiranía. La república universal se cambió en despotismo universal.

N.º 2.—Reacción del espíritu de nacionalidad.

La república universal de Anacharsis Cloots encontró algunos partidarios en el bajo fondo de la democracia. Varlet, en su proyecto de constitución, partía de este principio, que era un axioma para los filósofos del siglo XVIII. Que las naciones no formen más que una familia. Nada de más cierto, si por esto se entiende que el lazo de la fraternidad les une, y que, por consiguiente, tienen sus deberes y sus derechos como los individuos. Los panteístas políticos del 93, al contrario, querían que la fraternidad tendiera á la unidad absoluta de las naciones soberanas. En la familia no hay más que un poder, el del padre; en la familia de las naciones no debe haber tampoco más que un po-

(1) *Moniteur* du 22 frimaire, an II.

der, un soberano de la tierra para la universalidad de los pueblos (1). De este modo, la soberanía de los pueblos hubiera conducido al aniquilamiento de las nacionalidades. Los exagerados entre los montañeses eran muy lógicos; absorbían las naciones en la humanidad como absorbían el individuo en el Estado. En nombre de la libertad fundaban el despotismo más espantoso que se haya podido soñar.

Estas exageraciones del espíritu de unidad tuvieron menos aceptación en el dominio de las relaciones internacionales que en el de la política interior. Los Franceses abdicaron, sin darse cuenta de ello, de sus derechos, es decir, de la verdadera libertad, en favor del Estado. Pero por lo mismo que la unidad nacional estaba tan fuertemente constituida, no deseaba renunciar á su poder soberano en favor de la humanidad. Un discípulo de Voltaire, que heredó su buen sentido y el talento de su maestro, hizo una crítica admirable de la república universal. Oigamos á Camilo Desmoulins reivindicando los derechos de las naciones (2).

Desmoulins rinde homenaje á los sentimientos que inspiraban á los demócratas panteístas. "Es una idea conmovedora y bien filantrópica la de la república universal; no ha podido nacer sino de un alma sensible. Pero esta dulce quimera, este sueño de un hombre de bien, es imposible de realizar. Nunca se podrán reunir todos los pueblos bajo un mismo gobierno, lo mismo que no se podrá hacer una de todas las lenguas. Sin duda que todos los hombres son hermanos entre sí; si se considera su origen y su destino, no forman más que una sola y única familia. Pero como las familias, que aun entendiéndose están obligadas á dividirse y formar bando aparte, lo mismo las naciones, que no son sino partes de la gran familia, están obligadas á formar Estados particulares; el clima, las diversas costumbres son para estos grandes desmembramientos de la humanidad causas irresistibles que no ofrecen las pequeñas ramificaciones de la sociedad que en general, tienen los mismos gustos, las mismas costumbres, y que parecen hechas, por decirlo así, en el mismo molde."

Desmoulins no negaba que varias naciones pu-

(1) LOUIS BLANC, *Historia de la Revolución francesa*, t. IX, páginas 3 y 7 (edición in-1).

(2) CAMILLE DESMOULINS, *les Révolutions de France et de Brabant*, n.º 178, 1.º décembre 1792, p. 489.

dieran fundirse en un solo Estado. En realidad, los proyectos de república universal, cuando se quería darles cuerpo, avocaban á una propaganda de conquista. Faltaba saber qué pueblos serían susceptibles de unirse á la Francia. Los sectarios de Anacharsis Cloots tenían una ambición tan invasora como los Alejandro y Napoleones; si hubieran llegado á realizar su sueño, hubieran intentado establecer un puente entre nuestro globo y los demás planetas. Camilo Desmoulins dice que, antes de todo, es preciso que los hombres hablen la misma lengua; esto no basta; es preciso que tengan las mismas ideas sobre las grandes cuestiones políticas, los mismos hábitos y las mismas costumbres. En cuanto á los pueblos entre los cuales existen diferencias demasiado grandes, deben quedar aislados é independientes. Es cierto que los viajeros nos dicen que las naciones modernas tienden á tener la misma faz; el idioma francés se propaga de más en más por Europa. ¿Es esto decir que la Europa deba unirse á la república francesa? Desmoulins responde que la naturaleza, esta sabia madre, ha indicado á los pueblos límites eternos que todo el arte de los conquistadores no sabrá destruir; éstos son los ríos y las montañas. "Es con estas magníficas guarniciones con las que, por decirlo así, ha puesto un cuadro á las naciones; con estos límites naturales ha marcado y circunscrito los diferentes climas, lo mismo que las diferentes costumbres á quienes daba vida. Todos los que han pasado estos límites han sido castigados."

Encierran estas palabras una triste profecía. La Francia se dejó arrastrar por el espíritu de propaganda unido al espíritu de conquista; acabó por traspasar los límites con que la naturaleza ha marcado su territorio. Al fin de esta brillante carrera encontró el castigo inevitable de que habla Desmoulins, reveses tan estrepitosos como sus triunfos. Es menester que esta ambición tenga un prestigio bien grande en la raza francesa, pues que el nombre en que está encarnada ha sido suficiente para rodearle de la inmensa mayoría de la nación. Es ésta una tendencia funesta. Pronto la seguiremos en sus excesos. Opongámosle anticipadamente todo lo que había de justo y generoso en las ideas durante el movimiento del 89 al 93. Esto será como un contraveneno para la pasión embriagadora de la gloria militar.

Había en la Convención nacional un cura cris-

tiano á quien sus aspiraciones democráticas parecía que acercaban á las doctrinas exageradas que, partiendo de la república universal, iban á parar á un despotismo ilimitado. El abate Grégoire habla con entusiasmo de la libertad y de la fraternidad. En la proposición que presentó á la segunda legislatura, la cual hizo votar por los jacobinos, dice: "Trabajáis por la familia del género humano. A medida que el arte social vaya perfeccionando vuestras instituciones políticas, llegarán á ser propiedad del mundo entero. ¡Pudiera el genio de la libertad abrazar la universalidad de las regiones, entronizando la paz al lado de las virtudes, haciendo reinar la felicidad, y uniendo á todos los hombres por los lazos de una santa fraternidad, precipitar el momento en que no habrá más pueblos extranjeros!", (1). Hé aquí sentimientos tan cristianos como democráticos. Encantan por lo que tienen de generoso, pero se encuentra un oculto veneno bajo el nombre seductor de república universal. El abate Grégoire se detiene al borde del abismo. Confiesa que sería muy hermoso ver todos los pueblos unidos formando un solo cuerpo político, lo mismo que forman una sola familia; pero antes de abandonarse á este ensueño encantador, pregunta qué idea precisa encierra la palabra república universal. Oigamos su respuesta:

"Si se entiende que el universo entero tenga las mismas leyes, es evidente que, aunque los principios de la naturaleza y la declaración de los derechos sean de todos los lugares y de todos los tiempos, su aplicación está subordinada á una porción de circunstancias locales que necesitan modificaciones. La inmensa variedad que resulta de los climas, de las producciones del suelo y de la industria, del idioma, de las costumbres, de los hábitos repelen el proyecto de conducir el universo á la unidad política. ¿Podrá decirse que los pueblos gobernados por distintas constituciones, las fundirán todas en los principios de la libertad, de la igualdad, y se amarán como hermanos? Este es el caso de aplicar el consejo de un ministro al abate de Saint-Pierre: "Enviad primeramente misioneros para convertir al globo..." ¿Podrá decirse, en fin, que los diversos Estados del globo formarán alianzas? Esta hipótesis no se aplica apenas más que á los que se comunican por medio de re-

(1) *Moniteur* du 4 octobre 1791.

laciones comerciales. Así, mucho tiempo ha de pasar hasta que los Franceses firmen un tratado con los *Schondes* ó los *Papus*. Bajo estos diversos aspectos, la república universal es en política lo que la piedra filosofal es en física," (1).

Es preciso decir aún más: si encontrásemos esta piedra filosofal, deberíamos darnos prisa á tirarla al fondo del mar. Es hacer mucho honor á la república universal llamarla una utopía; la idea quedaria falsa, aun cuando fuese realizable. En efecto, es la unidad absoluta, midiendo al mundo entero con leyes uniformes. Basta reflexionar un instante en las condiciones de la vida y su desenvolvimiento, para convencerse de que lo que se mira como un ideal sería la muerte de la humanidad. ¿Cuál es la meta de nuestra existencia? ¿No es el desenvolvimiento más completo de nuestras facultades en su variedad infinita? Pues este desenvolvimiento no es posible sino cuando el mundo social y político ofrece un espectáculo variado que despierta sentimientos é ideas diferentes. Si todos los hombres hablasen la misma lengua, si todos recibiesen las mismas impresiones, si todos tuviesen las mismas ideas, la rica variedad que el Creador ha esparcido en su obra haría lugar á una uniformidad penosa, y la uniformidad conduciría inevitablemente á esa medianía de la que tenemos una imagen en una orden famosa. La sociedad de los jesuitas no tiene más que un alma esparcida en mil cuerpos; pero estos cuerpos no tienen más que una vida ficticia: son cadáveres vivos, una monstruosidad horrible.

No queremos abandonar el ensueño de la república universal sin hacer una salvedad por lo que en ello hay de cierto. Hasta en sus excesos hay una misión providencial. La Revolución del 89 estaba llamada á ser una revolución humana: le era, pues, menester un ardor ilimitado de proselitismo, y aun el rudo brazo de un conquistador. Sin hablar de los designios de Dios, que no justifican á los hombres, el cosmopolitismo filosófico que dió nacimiento á la idea de república universal no debe ser confundido con las falsas consecuencias que de él sacaron los panteístas religiosos y políticos. La unidad no excluye la variedad, y la variedad armoniza con la unidad. Cuando Fenelón predicaba el cosmopolitismo, no era su idea negar la nacio-

(1) *Moniteur* du 28 novembre 1791.

alidad ni la patria. Cuando el abate Grégoire criticaba la república universal de Anacharsis Cloots, no era su idea preconizar el egoísmo nacional: "El egoísmo de las naciones, dice, es tan culpable como el egoísmo de los individuos. El patriotismo no es exclusivo; la energía de este sentimiento se concilia con esta dulce filantropía que se esfuerza en destruir las preocupaciones, la intolerancia, las ri-

validades y los odios entre los pueblos, y que estrecha los lazos de la fraternidad entre las diversas secciones de la familia humana," (1). Estos son los sentimientos que animaban á los hombres del 89 y del 93; gracias á su ardor por la propaganda, la Revolución dió la vuelta al mundo.

(1) *Moniteur* du 7 floréal, an III.